



Una colonia de negociantes galos en el México posrevolucionario

Al finalizar la década de los años veinte del siglo XX, el *Anuario Comercial de la República Mexicana*, editado por Somolinos y Montesinos,¹ daba cuenta de casi doscientas referencias de individuos y empresas que integraban la “Cámara de Comercio Francesa de México”.² Aunque algunos de los comerciantes, industriales o profesionistas afiliados a dicha cámara habían nacido en otras naciones extranjeras, llama la atención el hecho de que muchas de estas personalidades y negocios conservaran los apellidos de los integrantes de una modesta inmigración francesa cuyos pioneros habían llegado a México durante la primera mitad del siglo XIX, y cuyo grupo más significativo había nacido en un valle de los Bajos Alpes franceses —Allegre, Bellon, Bonnet, Caire, Dubernard, Ebrard, Eyssautier, Jean, Jacques, Lambert, Levy, Reynaud, Robert, Signoret, Tardán, Tron, etcétera—.³ A diferencia de lo que sucedía con otras cámaras de comercio, extracción o industria “extranjeras” establecidas en México, que incorporaban a un alto número de firmas cuyo origen y matriz se encontraba en alguna ciudad europea o estadounidense, puesto que representaban el nombre y los intereses económicos de distintos consorcios extranjeros en México, en el caso de la Cámara Francesa, gran parte de los



* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ *Anuario Comercial de la República Mexicana*, 1ª ed., México, Semolinos y Montesinos Editores, Apartado 35, 1928, pp. 467-476.

² Fundada en la Ciudad de México en 1884. En 1923 contaba con 500 miembros. José F. Godoy, *La colonia francesa en la ciudad de México. Sus actividades en 1923*, México, Imprenta Victoria, S.A., [1923].

³ Conocidos generalmente como barcelonnettes, sin embargo no todos los inmigrantes franceses vinieron de la localidad de Barcelonnette, sino de otras localidades de los Bajos Alpes o de otras regiones de Francia. Sobre el origen regional de esta inmigración véase: “Xenofilia de élite. Los franceses en la ciudad de México”, en Delia Salazar (coord.), *Xenofobia y xenofilia en la historia de México, siglos XIX y XX. Homenaje a Moisés González Navarro*, México, INAH (en prensa). Sobre la historiografía vinculada al grupo véase: Javier Pérez Siller, “Historiografía general sobre México y Francia: 1920-1997”, en Javier Pérez Siller (coord.), *México, Francia, Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX y XX*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/El Colegio de San Luis/CEMCA, 1998.



negocios mencionados correspondía a empresas cuyo capital se había formado en México y cuyos propietarios a pesar de ser “franceses” ante la ley, habían nacido en territorio mexicano. Aunque es sabido que muchos de estos inmigrantes galos, junto con sus descendientes, contaron con el respaldo diplomático o económico de su nación de origen, otro dato que llama la atención del listado referido es que la Cámara de Comercio Francesa en México, al finalizar la década de los años veinte, parecía haber cambiado muy poco frente a aquella retratada en otras tantas guías comerciales o industriales elaboradas en el México porfiriano.⁴ ¿Qué había ocurrido?, ¿acaso sus empresas no habían sufrido los efectos de una revolución popular, cuya carga nacionalista parecía dirigirse entre otras cosas a limitar la influencia de los extranjeros en la economía nacional?, ¿acaso no habían decrecido la inversión francesa en México a consecuencia de la Primera Guerra Mundial? Evidentemente dos acontecimientos de tal resonancia necesariamente tuvieron que incidir en la suerte de la colonia francesa residente en México, pero lo sorprendente del caso fue su rápida recuperación. Es por ello que estas breves notas, producto de una investigación en curso, pretenden mostrar un modesto perfil de los negocios de la colonia francesa, apuntar algunos elementos de la estrategia empresarial que desarrollaron estos negociantes para conservar sus negocios en México a pesar de la coyuntura histórica, y ubicar su papel en la economía y la sociedad posrevolucionaria.

Una minoría dentro de la mayoría

Cerca de doscientos nombres de personas y negocios en un *Anuario Comercial* publicado en 1928, en comparación con 16 y medio millones de individuos que habitaban el país según el censo de 1930, no parecían indicar a un sector numéricamente significativo en el amplio conglomerado humano de aquel entonces;⁵

⁴ Sirve como ejemplo: J. Figueroa Doménech, *Guía General Descriptiva de la República Mexicana, Historia, Geografía y Estadística... Tomo Primero, El Distrito Federal*, México/Barcelona, Ramón de S. N. Araluce, 1899; Directorio General de la Ciudad de México, México, Ruhland & Ahlschier Editores, 1901-1902.

⁵ Dirección General de Estadística, *Censo general de población*

tampoco eran tantos frente a los 159 mil extranjeros que habían inmigrado al país con anterioridad al recuento y, tal vez no dejarían de ser pocos frente a los cinco mil ciudadanos franceses que habitaban el territorio nacional en aquella fecha. Sin embargo estas firmas resultaban más que significativas en distintos sectores de la economía nacional y en buena medida reflejaban las actividades cotidianas de otros miembros de la colonia francesa de México durante el Maximato.⁶ Los mismos datos censales, que como hemos mencionado, ubicaban a los franceses en un número más bien magro, también nos permiten mostrar su importancia cualitativa en el país. Mientras que dos mil individuos de nacionalidad francesa se desempeñaban en México esencialmente como comerciantes, prestadores de servicios, profesionistas e industriales (véase gráfico),⁷ más de dos tercios de la población nacional realizaban alguna actividad económica en la agricultura, la ganadería, la silvicultura, la caza y la pesca (70 por ciento según el censo de 1930). De igual forma, en tanto que los franceses vivían preferentemente en áreas urbanas, como la Ciudad de México, Guadalajara, Puebla, Veracruz, Morelia, San Luis Potosí o Saltillo, que como es sabido contaban con todos los servicios y

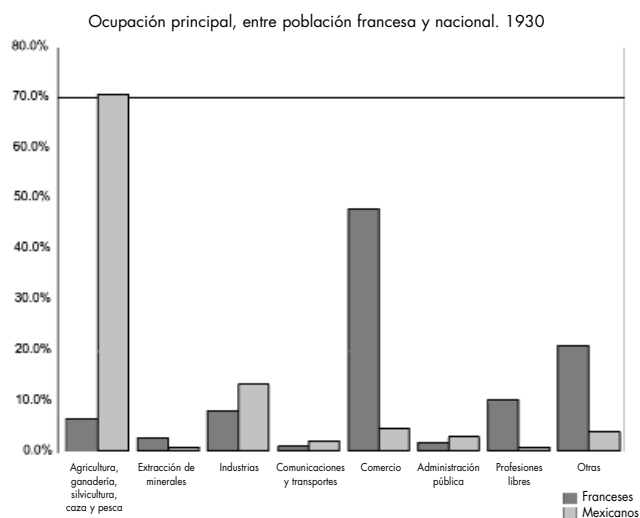
de 1930 (DGE, CGP, 1930 en adelante), México, Departamento de la Estadística Nacional, 1930. Las cifras corresponden al “lugar de nacimiento” de los habitantes del país.

⁶ La publicación sólo seleccionó 200 entradas de los 500 socios de la Cámara de Comercio. Evidentemente hace referencia a los nombres y empresas más destacadas, sin embargo otros miembros de la colonia se dedicaron a las mismas actividades o en subsidiarias de las mismas como consta en los datos que revisamos del Registro Nacional de Extranjeros de la Secretaría de Gobernación en el Archivo General de la Nación (RNE, AGN, en adelante).

⁷ La clasificación de ocupaciones que aparece en el censo de 1930, presenta los datos basados en el concepto de “nacionalidad” y no en el de “lugar de nacimiento” de los extranjeros, que sólo ofrece 2 996 franceses residentes en México en dicha fecha. Cabe señalar, como mencionaremos más ampliamente, que en ese momento la Ley de Extranjería y Naturalización de 1882, vigente hasta 1934, consideraba como “extranjeros” a las mujeres casadas con extranjeros y a sus hijos menores de 18 años, aun si habían nacido en el país. De tal forma que, aunque los datos que manejamos para la población económicamente activa no incluyan a los niños y a las mujeres que no realizaban actividades productivas, resulta evidente que un importante número de individuos consignados como “franceses” habían nacido en México y ostentaban esta nacionalidad aun después de haber llegado a los 18 años, momento en el que podían optar por ser mexicanos. DGE, CGP, 1930.



eran propietarios de predios de gran valía, la mayor parte de la población nacional vivía en el campo, carecía de un sinnúmero de recursos materiales y enfrentaba diariamente los innumerables vericuetos administrativos y políticos para obtener alguna dotación ejidal. Así la colonia francesa de México *grosso modo* se ubicaba en una escala particularmente privilegiada de la de sociedad nacional del periodo posrevolucionario.



La colonia francesa de México

No obstante, antes de avanzar en los negocios de dicha “colonia”, sería importante aclarar quiénes eran los “franceses” que la integraban, tal y como se reflejaban en las fuentes públicas o privadas de la época. Una primera caracterización de sus miembros, podría devenir de su nacimiento dentro de los límites geográficos de la República Francesa o de alguna de sus posesiones en el mundo, por lo que podríamos considerar que su estancia en México había sido fruto de un proceso inmigratorio, cuya cifra era de 2 996 individuos según los datos censales de 1930. Sin embargo, el asunto resulta más complejo si observamos que el mismo censo consignaba a 4 994 personas de “nacionalidad francesa”.⁸ De tal forma que, dos quintas partes de los ciudadanos “franceses” residentes en México, eran extranjeros por naturalización y muy probablemente habían nacido en el país, aunque no faltaron los ciudadanos “franceses” que habían nacido en alguna otra nación extranjera distinta a Francia. De igual forma, cuando los miembros de la colonia francesa fueron llamados a inscribirse ante la Secretaría de Gobernación, cuando se estableció el Registro Nacional de extranjeros en 1926, gran número de ellos había nacido en México y poseían la nacionalidad francesa debido a que sus padres, abuelos o esposos detentaban dicha nacionalidad.⁹ Si bien dentro del marco legal vigente se consideraba “francés” a los hijos de los franceses nacidos en México y a sus cónyuges originarias del país o de otra nación, por otro lado, el Estado mexicano ofrecía todo tipo de facilidades a los extranjeros que desearan naturalizarse como mexicanos, en especial cuando se trataba de individuos poseedores de un estatus económico privilegiado, un alto nivel educativo y además cumplían con el estereotipo del inmigrante “más asimilable” al país, que algunos aseguraban que debía de ser “católico, latino y blanco”.¹⁰ Sin embargo, resultaba obvio que

⁸ DGE, CGP, 1930.

⁹ RNE, AGN.

¹⁰ Distintos autores han realizado trabajos relacionados con la política migratoria del periodo posrevolucionario; el más significativo es el de Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México, los mexicanos en el extranjero*, vol. III, México, El Colegio de México, 1994.



dicha comunidad prefería identificarse social y legalmente como francesa. Todo ello para explicar que cuando nos referimos a los miembros de la colonia francesa en México, consideramos a un amplio catálogo de individuos que compartían no sólo un origen nacional común, sino también un fuerte sentido de compenetración y defensa de una “comunidad imaginaria”, tomando el concepto de Benedict Anderson, en donde más allá de las filiaciones familiares, culturales o sociales, también concurrían elementos económicos y políticos, que entraban en juego en forma ambivalente cuando se enfrentaban a distintos sectores de la sociedad mexicana y que tuvieron un papel central en la defensa de sus intereses en México y como tal de sus empresas.

Claro está, el estatus de “extranjero” sin duda tuvo un fuerte significado en la sociedad mexicana del periodo posrevolucionario. Ser extranjero, y en especial ciudadano francés, implicaba contar con el respaldo diplomático de una nación poderosa que eventualmente pudiera intervenir en el caso de alguna tentativa contra su seguridad personal o económica. Ya Pierre Py ha analizado el papel de la diplomacia francesa en México durante el periodo revolucionario, que ejercía constante presión sobre las distintas facciones en pugna con el argumento de intervenir en la “defensa de la vida y los intereses de sus nacionales en el territorio nacional”.¹¹

¹¹ Pierre Py, *Francia y la Revolución Mexicana, 1910-1920 o la desaparición de una potencia mediana*, México, CEMCA/FCE (Sección Obras de Historia), 1991.

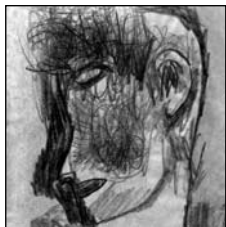
Arma política que en ocasiones fue utilizada por la colonia francesa para conservar sus negocios y privilegios, pero que en otros momentos parecía resultarle poco efectiva. Así cuando Francia pretendía mantenerse al margen del conflicto revolucionario, para evitar una desavenencia con el gobierno estadounidense, la colonia francesa exigía a su legación un apoyo irrestricto al régimen de Victoriano Huerta y aún la intervención militar en su defensa. De igual forma, durante el periodo en que Francia participó en la Primera Guerra Mundial, tuvo que dejar la dirección de sus intereses diplomáticos en manos de los estadounidenses, decisión que resultaba poco satisfactoria a los ojos de los franceses residentes en el país.¹²

intereses diplomáticos en manos de los estadounidenses, decisión que resultaba poco satisfactoria a los ojos de los franceses residentes en el país.¹²

Durante la década de los años veinte, la hegemonía económica estadounidense sobre México apenas competía con el monto de las inversiones francesas colocadas en México; sin embargo, la rica colonia francesa seguía utilizando el respaldo de su legación diplomática y aun la del gobierno estadounidense cuando se sentía afectada, situación que no podía desentender el gobierno mexicano interesado en obtener el reconocimiento externo, evitar una intervención militar y además cuando se hacía necesario contar con recursos económicos frescos. Última situación que definió en buena medida la relación de los franceses con el gobierno mexicano, puesto que gran parte de las inversiones francesas se encontraban en el sector financiero del país, en donde confluían flujos de inversión directos de la Banca francesa, importantes sumas de capital aportadas por los miembros de la colonia gala residentes en el país y aportaciones de otros inversionistas extranjeros como en el Banco Nacional de México, el Banco de Londres y México, el Banco Central Mexicano, el Banco de Crédito Hipotecario Mexicano y otras importantes instituciones financieras de carácter regional.¹³ Pero como veremos, los intereses de la colonia francesa en

¹² *Idem.*

¹³ *Ibidem*, pp. 23-27. Distintos trabajos sobre los barcelonnettes en México refieren a sus inversiones en estos bancos, véase Raymonde Autiq-Auvaro, *L'Émigration des Barcelonnettes au Mexique*, Nice, Editions SeRRe, 1992.



México no se remitían sólo al sector financiero, sino también al comercio y la industria, en donde el estatus de extranjero fue un elemento central en sus negociaciones con el Estado mexicano.

Las inversiones en la banca y la industria

Durante la década de los años veinte del siglo XX, los gobiernos sonorenses tuvieron que negociar con la Banca francesa un conjunto de asuntos pendientes, entre otros: el monto de la deuda externa e interna y sus consecuentes intereses en un país que pretendía iniciar una reconstrucción económica; el conjunto de reclamaciones que los franceses habían presentado ante el gobierno por las pérdidas sufridas durante la lucha armada, y la oposición que mostraban los banqueros galos ante la política monetaria interna que pretendía crear un banco único de emisión después de un largo periodo de inestabilidad financiera interna. Aunque el gobierno mexicano había realizado distintos intentos por negociar con el Comité Internacional de Banqueros el monto y los plazos requeridos para afrontar la deuda externa del país —que acumulaba las obligaciones contratadas por Díaz, De La Barra, Madero y Huerta—, hacía 1929 su cifra llegaba a 1 089 millones de dólares,¹⁴ de los cuales 368 millones correspondían a Francia, sin considerar el monto de los daños causados a sus súbditos durante la Revolución. De tal forma que los compromisos del gobierno mexicano pactados con la Banca francesa no eran menores y además se incrementaban con otras obligaciones financieras que se habían contratado con los bancos locales, en donde el capital de los comerciantes e industriales galos residentes en México era importante. Tal vez por dicha razón los hombres de negocios de dicho origen recibieron un trato privilegiado en relación con otros empresarios del país.

¹⁴ Lorenzo Meyer, *El conflicto social y los gobiernos del Maximato, Historia de la Revolución Mexicana 1928-1934*, México, El Colegio de México, 1995, pp. 57-59. Una investigación muy amplia sobre los pormenores de las negociaciones entre el Estado y los banqueros, durante el gobierno de Álvaro Obregón, puede verse en el libro de María del Carmen Collado, *Empresarios y políticos, entre la Restauración y la Revolución 1920-1924*, México, INEHRM, 1996.

Sería muy complejo resumir en estas breves líneas las complejas negociaciones que se dieron entre el Estado mexicano y los banqueros en aquellos momentos, pero como afirma Emilio Zebadúa, al finalizar la década de los años veinte el gobierno mexicano había conseguido obtener el control político sobre la banca, al otorgarle al Banco de México la facultad exclusiva de emisión de billete y consolidar una fuente subordinada de crédito y dinero, pero, no obstante

...los bancos siguieron siendo parte de la red de negocios internacionales de capitales franceses, ingleses y norteamericanos —aunque había sitio para algunos mexicanos en sus consejos de administración—. Dentro del sistema nacional se llevó a cabo una suerte de mexicanización de su dirección ejecutiva. En el Banco Nacional de México Agustín Legorreta reemplazó a José Simón y en el Banco de Comercio e Industria Eduardo Iturbide fue nombrado en el puesto que había ocupado Elías S. A. de Lima. Los bancos incluso fueron compensados por las pérdidas materiales que sufrieron durante la Revolución.¹⁵

Una de las razones por las cuales los miembros de la colonia francesa habían aceptado negociar con el gobierno mexicano en materia financiera —más allá de la presión ejercida por la diplomacia estadounidense y europea, que no siempre coincidía con sus intereses—, derivaba también de sus inversiones en la industria y el comercio local, que se veían constantemente afectados por un movimiento obrero cada vez más organizado que pretendía limitar los privilegios laborales de los extranjeros y exigía menores jornadas laborales y más altos salarios para los mexicanos. De igual forma, industriales y comerciantes franceses requerían de materias primas en México, por lo que resultaban los más interesados en emprender la reconstrucción económica del país, al tiempo que deseaban obtener condiciones benéficas para seguir importando insumos para sus empresas y una amplia gama de artículos suntuarios que comercializaban en sus almacenes. De tal forma

¹⁵ Emilio Zebadúa, *Banqueros y revolucionarios: la soberanía financiera de México, 1914-1929*, México, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/FCE (Serie Hacienda), 1994, p. 357.



**Cuadro 1. Industrias en donde se encontraban propietarios o accionistas franceses
Censo Industrial 1930**

Industrias	Propietarios	%	Industrias	Propietarios	%
Total	246	100.0%	Total	246	100.0%
<u>Textiles:</u>	<u>58</u>	<u>23.6%</u>	<u>Maderas y muebles:</u>	<u>14</u>	<u>5.7%</u>
Artículos de bonetería	6	2.4%	Artículos de corcho	4	1.6%
Desfibradoras de henequén	1	0.4%	Carpinterías y ebanistería	4	1.6%
Despepitadoras de algodón	1	0.4%	Madererías	6	2.4%
Galonerías pasamanería	1	0.4%	<u>Cerámica:</u>	<u>1</u>	<u>0.4%</u>
Hilados y tejidos de algodón	42	17.1%	Loza y porcelana	1	0.4%
Hilados y tejidos de lana	7	2.8%	<u>Cueros y pieles:</u>	<u>5</u>	<u>2.0%</u>
<u>Metalurgia y productos metálicos:</u>	<u>13</u>	<u>5.3%</u>	Curtidurías	5	2.0%
Muebles de metal	2	0.8%	<u>Luz, fuerza y calefacción eléctrica:</u>	<u>14</u>	<u>5.7%</u>
Munición	6	2.4%	Plantas de generación de electricidad	14	5.7%
Plomerías	2	0.8%	<u>Química:</u>	<u>11</u>	<u>4.5%</u>
Talleres mecánicos	3	1.2%	Artefactos diversos de hule	1	0.4%
<u>Indumentaria y tocador:</u>	<u>41</u>	<u>16.7%</u>	Pinturas y barnices	3	1.2%
Artículos de tocador	2	0.8%	Productos farmacéuticos	5	2.0%
Calzado	4	1.6%	Sellos de goma	1	0.4%
Corsets y fajas	1	0.4%	Velas	1	0.4%
Flores artificiales	1	0.4%	<u>Papel:</u>	<u>11</u>	<u>4.5%</u>
Paraguas y bastones	6	2.4%	Artículos de papel	8	3.3%
Ropa hecha y confecciones	16	6.5%	Cajas y artículos de cartón	3	1.2%
Ropa de trabajo para obreros	6	2.4%	<u>Artes gráficas:</u>	<u>6</u>	<u>2.4%</u>
Sombreros (sin palma)	5	2.0%	Imprentas, litografías y publicaciones	6	2.4%
<u>Productos alimenticios:</u>	<u>54</u>	<u>22.0%</u>	<u>Tabaco:</u>	<u>4</u>	<u>1.6%</u>
Aceites vegetales	7	2.8%	Cigarros y puros	4	1.6%
Aguardientes	1	0.4%	<u>Joyas e instrumentos de precisión:</u>	<u>6</u>	<u>2.4%</u>
Azúcar y alcohol	2	0.8%	Joyerías y relojerías	6	2.4%
Aguas, gaseosas, mineral, refrescos	5	2.0%	<u>Materiales de construcción:</u>	<u>1</u>	<u>0.4%</u>
Cervezas	5	2.0%	Ladrillo, tabique, tubo y teja	1	0.4%
Conservas de carnes	2	0.8%	<u>Otras industrias:</u>	<u>7</u>	<u>2.8%</u>
Conservas de fruta y legumbres	4	1.6%	Beneficiadoras de arroz	1	0.4%
Conservas de pesca y mariscos	2	0.8%	Beneficiadoras de café	6	2.4%
Galletas	1	0.4%			
Hielo	1	0.4%			
Molinos de granos	10	4.1%			
Molinos de nixtamal	5	2.0%			
Panaderías y biscocherías	2	0.8%			
Vinos y licores	7	2.8%			

Fuente: Rosa María Meyer y Delia Salazar (coords.), *Los inmigrantes en el mundo de los negocios, siglos XIX y XX*, México, INAH/Plaza y Valdés, 2003.

que estos hombres de negocios paulatinamente se fueron adaptando a las nuevas circunstancias políticas y sociales que vivía el país y, a largo plazo optaron por “mexicanizar” sus empresas. Asunto que, hacia finales de la década de los años veinte, aún no parecía lograrse del todo como lo mostraba el censo industrial que se llevó a cabo en aquella época.¹⁶

Así por ejemplo, en la industria textil, las inversiones de la colonia francesa seguían siendo significativas frente a las que habían tenido durante el Porfiriato. Nicho económico de predominio extranjero, se ubicaba como el principal sector de la economía nacional, después del petróleo y la minería. En los hilados y tejidos de algodón, una de las ramas textiles más importantes —no sólo por el alto valor de sus inversiones y el de su producción, sino también porque contrataban al más alto número de obreros industriales—, los censos industriales ubicaban a 42 propietarios o accionistas de nacionalidad francesa, que compartían créditos con mexicanos y otros extranjeros, en especial españoles. Cabe resaltar el hecho de que, en los 1 355 establecimientos dedicados a tal fin, se contrataban como empleados de administración o jefes de taller a 613 extranjeros, que representaban el 39 por ciento del total.¹⁷ De tal forma que, si consideramos que la práctica tradicional de las colonias extranjeras de contratar a paisanos o parientes en sus puestos directivos seguía vigente al finalizar la década de los años veinte, ésta era una situación que se manifestaba también en otras tantas ramas de la industria de la transformación. Una amplia gama de profesionistas franceses eran contratados por estas empresas para llevar a cabo actividades técnicas o directivas. No sería errado suponer que los más importantes consorcios textiles del país —como la Compañía Industrial de



Orizaba, la Compañía Industrial Veracruzana o la Compañía Industrial de San Antonio Abad—, cuyas acciones mayoritarias estaban en manos de reconocidos miembros de la colonia francesa y española de México, contratarían en sus plantas a un extenso número de empleados extranjeros.¹⁸ En otras fábricas de hilados y tejidos de algodón, lana o bonetería, aparecían apellidos franceses dentro de sus accionistas y directivos: La Hormiga y La Abeja, en San Ángel, o San Ildefonso o La Perfeccionada, en el centro de la Ciudad de México, sirven como ejemplos de las más destacadas en este ramo. Otras plantas de menor importancia producían artículos que también comercializaban individualmente o los distribuían en los grandes almacenes de ropa y novedades galos establecidos en la república. Por ejemplo la empresa de la Vda. de Lavilette, o la de Manuel Emilio y Cía. fabricaban corsés; la Vda. de Hipólito Chambón trabajaba con sedas; A. Payán y la empresa de los hermanos Lahirigoyen se dedicaban a la tenería, curtiduría y fabricación de zapatos; Eugenio Gassend y Enrique Pocheu producían flores artificiales; Ollivier J. y Cía. elaboraba porcelanas y cristalería en tanto que Reyne y Ebrard S. C. armaba paraguas.¹⁹

¹⁶ El censo industrial del 1930 da cuenta de 48 850 establecimientos industriales de mayor importancia en el país, que ofrecen información sobre el monto de capitales y producción del año anterior al levantamiento. DGE, *Primer censo industrial de los Estados Unidos Mexicanos 1930* (DGE, *Censo Industrial 1930* en adelante), México, Secretaría de la Economía Nacional, 1934.

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ *Anuario Comercial...*, *op. cit.*; RNE, AGN.

¹⁹ *Anuario Comercial...*, *op. cit.*; DGE, *Censo Industrial 1930*; RNE, AGN.



Aunque los datos aportados por el censo industrial de 1930 en relación con el número de propietarios o accionistas franceses pudiera ser mayor debido a que algunos hombres de negocios de la colonia habían obtenido la naturalización mexicana o tal vez decidieron declararse como mexicanos ante los escrutadores del censo, las ramas de la industria en donde aparecen coinciden sensiblemente con los datos concentrados por la Secretaría de Gobernación y la Cámara de Comercio Francesa en ese mismo momento. Así, más allá del sector textil, la colonia francesa se ubicaba en otras actividades asociadas a la transformación. De mayor importancia en otros campos, como en la conocida Fábrica de tabacos El Buen Tono y la Compañía de las Fábricas de Papel San Rafael y Anexas.²⁰ En los productos alimenticios, los

²⁰ Sobre las vicisitudes financieras de dicha empresa durante la Revolución, véase el texto de Laura Espejel, "La Compañía de las fábricas de papel San Rafael y Anexas, S. A. en manos extranjeras", en Rosa María Meyer y Delia Salazar (coords.), *Los inmigrantes en*

franceses ubicaban sus inversiones en la fabricación de cerveza, que era otra de las ramas productivas más notables de aquel entonces; la Cervecería Moctezuma y la Cervecería Toluca sin duda eran los ejemplos representativos. También se encontraba Clemente Jaques y Cía. en la fabricación de conservas y productos alimenticios, la Cía. Azucarera del Paraíso Novillero en los ingenios, Chalón Hermanos en los licores y Doumec E. Sucs. en los molinos de trigo. Industrias que, como es sabido, definieron el ritmo de la industria nacional en su momento y cuya trascendencia llega hasta nuestros días. Muchas de estas empresas eran administradas por parientes o paisanos franceses, algunos de ellos con mayor nivel educativo que sus antecesores, siendo que en algunas ocasiones sus propietarios habían regresado a Francia, como fue el caso de muchos barcelonnettes. Sin embargo, una parte de esta segunda generación permaneció en México y se asentó definitivamente en el país.

De regreso al origen: el comercio

Ya algunos estudiosos han ubicado el origen de los capitales que detonarían la industria y la banca porfiriana en la actividad comercial.²¹ Práctica ampliamente extendida entre los inmigrantes de origen europeo que llegaron al país desde la primera mitad del siglo XIX, pero que seguía siendo la actividad prioritaria de otros tantos inmigrantes extranjeros y sus descendientes en México. De tal forma que, sería bastante improbable que los miembros de la colonia gala no hubiesen incurrido en el comercio, siendo que, por el contrario, fueron el mejor ejemplo del éxito económico de los comerciantes extranjeros. Los grandes almacenes de estilos eclécticos o *art nouveau* que engalanaban las principales

el mundo de los negocios, siglos XIX y XX, México, INAH /Plaza y Valdés, 2003.

²¹ Véanse como ejemplos: Stephen H. Haber, *Industria y subdesarrollo. La industrialización en México, 1890-1940*, México, Alianza Editorial, 1992. Rosa María Meyer y Delia Salazar (coords.), *op. cit.*



avenidas de los centros urbanos del país y que servían de botón de muestra cuando la elite política y económica porfiriana pretendía mostrar el impulso modernizador del régimen en materia comercial, no sólo se mantenían en pie, sino que se habían consolidado durante el periodo posrevolucionario. Los anuncios en periódicos, revistas y directorios en la década de los años veinte, constantemente presentaban la lujosa edificación de El Palacio de Hierro en el primer cuadro de la Ciudad de México, pero también de otros grandes almacenes encargados de la venta de ropa y novedades: El Progreso, de Bellon, M. y Cía.; El Puerto de Liverpool de Ebrard, J. B. y Cía.; Las Fábricas de México, de Jacques P. y J. Sucs.; El Correo Francés, de Lambert M. y Cía.; Las Fábricas de Francia de Lambert M. y Cía.; La Ciudad de México de Manuel F. y Cía.; La Ciudad de Londres de Ollivier J. y Cía.; El Centro Mercantil y La Valenciana de Robert S. y Cía.; Las Fábricas Universales de Reynaud A. y Cía.; El Puerto de Veracruz de Signoret, Allegre y Cía. o La Francia Marítima de Veyan, Jean y Cía., se contaban entre las más importantes, lujosas y acreditadas de su tiempo.²²

Los grandes almacenes funcionaban como un centro de reunión y respaldo de la colonia. Llama la atención el hecho de que más de la mitad de los ciudadanos franceses registrados ante la Secretaría de Gobernación en aquel entonces, hubiesen declarado como referencia en el país a los propietarios o encargados de alguno de los grandes almacenes galos de México y aun a su simple nombre comercial, antes que a los encargados de su propia legación diplomática o la de algún otro miembro distinguido de su colonia o de la sociedad nacional.²³ Los almacenes no sólo empleaban a un gran número de franceses en México sino que también extendían sus beneficios a otros comerciantes y artesanos en pequeño que mercadeaban en otras calles del centro de México o en otras ciudades de menor importancia. Muchos de estos almacenes establecieron sucursales en Puebla, Guadalajara o Aguascalientes, en donde laboraban otros paisanos suyos.²⁴

²² *Anuario Comercial...*, *op. cit.*

²³ RNE, AGN.

²⁴ *Anuario Comercial...*, *op. cit.* Sobre los almacenes franceses en la ciudad de Puebla véase: Leticia Gamboa Ojeda, "Los barcelon-

Pero el mundo de la moda, la porcelana y la cristalería, regido por los grandes almacenes, también se acompañaba con otras actividades suntuarias de los miembros de la colonia francesa de México. Negocios más modestos mercadeaban con telas de algodón o de lana, producidas por sus paisanos industriales, pero también ofrecían todo tipo de productos de importación o de elaboración artesanal de especial valor como: sedas, sombreros, casimires, pieles, perfumes y joyas; la Cristalería Francesa, de Reboul, Roux y Cía., o la sombrerería El Castor, de Tardán Hermanos, son ejemplos de estos negocios. Otros más vendían juguetes y artículos de mercería, como El Junco, El Coliseo, El Globo, El Refugio o La Central, aunque otros productos especialmente costosos en la época, como Zephirin Clement, quien se dedicaba a la venta de autos y accesorios. La venta de productos suntuarios se acompañaba con otros tantos establecimientos, en donde la colonia gala ofertaba sus productos y servicios; sastres, modistas, tintoreros y una amplia gama de representantes, ya sea de casas de bolsa, seguros para la vida, bancos, comisionistas y representantes de fábricas de ropa y todo tipo de bebidas alcohólicas como vinos, *cognacs* y *champagne*.²⁵ Otros más atendían hoteles y restaurantes de especial lujo y sofisticación en las principales ciudades del país. Pero tampoco faltaron aquellos que se dedicaban al mundo de la educación y la cultura: impresores y libreros franceses publicaban periódicos y revistas de gran circulación, en tanto que un importante número de colegios particulares contaron entre sus profesores con algún miembro de la comunidad francesa, en especial en colegios católicos que no dejaron de enfrentar algunos problemas y aun su expulsión del país durante el conflicto religioso, pero que también educaban a las nuevas clases económicas y políticas del México posrevolucionario.²⁶

nettes en la ciudad de Puebla: panorama de sus actividades económicas durante el Porfiriato", en Javier Pérez Siller (coord.), *op. cit.*, pp. 177-186.

²⁵ *Anuario Comercial...*, *op. cit.*

²⁶ Sobre los colegios franceses véase: Valentina Torres Septién, *La educación privada en México*, México, El Colegio de México/Universidad Iberoamericana, 1999.



Evidentemente este mundo de mercadeo y lujo requería de un mercado. Bien conocido fue el afrancesamiento de la elite política y económica del Porfiriato, que veía a Francia y a los franceses como un modelo a seguir,²⁷ pero ¿qué ocurría en el México de la reconstrucción posrevolucionaria? Si bien la Revolución había traído como consecuencia un desajuste económico de importancia, y amplios sectores sociales sufrían los efectos de una crisis económica para muchos insalvable, la elite económica y social del país —que había permanecido en el exilio durante la etapa más álgida del conflicto revolucionario— retornaba ahora departiendo en distintos eventos sociales y consumiendo productos suntuarios como lo había hecho en el pasado, y aún durante los años en que se dejaban sentir los primeros efectos de la crisis económica mundial. Pero por otro lado, una nueva elite política y económica, emanada también de la familia revolucionaria, se había convertido en un sector consumidor en potencia que contaba con los recursos económicos necesarios para adquirir todo tipo de artículos suntuarios, emparentándose con la elite económica tradicional del país en más de un sentido.²⁸ Así, los comerciantes franceses no distinguían entre los antiguos *científicos* del Porfiriato y los nuevos ricos del Maximato; vendían y ofertaban sus productos y servicios al mejor postor. Evidentemente, al igual que los industriales franceses habían tenido que aceptar un nuevo trato social, muchos de ellos tuvieron que conceder derechos laborales a sus trabajadores, otros más se “mexicanizaron” en apariencia en los años venideros, en especial después de decretada la Ley Federal de Trabajo. Otorgaron algunos puestos directivos a personal mexicano o decidieron iniciar los trámites para naturalizarse al país. Aunque los comerciantes extranjeros se opusieron sistemáticamente a considerar sus negocios como empresas nacionales, con las mismas concesiones que recibían otras organizaciones patronales nacionales, recurriendo a la vieja práctica de

obtener una condición preferente con base en algún tratado comercial o el respaldo diplomático exterior,²⁹ poco a poco se fueron adaptando a las nuevas condiciones políticas y sociales del país. A pesar de las pérdidas materiales y los reproches constantes que la colonia francesa de México manifestaba contra los gobiernos emanados de la Revolución, tal vez su mayor pérdida fue el haber cedido una parte de su injerencia política a cambio de conservar sus buenos negocios en México, aunque al paso del tiempo no faltaran aquellos que lograron emparentar e incidir en la familia revolucionaria.

* * *

Sin duda, muchos aspectos de la vida de la colonia francesa de México durante el periodo posrevolucionario quedan pendientes en este breve acercamiento. Mucho tendríamos que saber sobre la suerte de cada uno de estos hombres de negocios, aquilatar el monto de sus inversiones, sus posibles pérdidas y ganancias en cada momento, sus particulares prácticas empresariales, las alianzas que establecieron, su grado de identificación con la vida nacional, su vinculación con su nación de origen, su relación con otros sectores empresariales, su actitud ante las demandas laborales, etcétera. Sin embargo, considero que los negocios y las prácticas empresariales de la comunidad francesa de México merecen una mayor atención historiográfica. Sin desatender el impacto de los empresarios y las inversiones estadounidenses en México después de concluida la Primera Guerra Mundial, otros sectores de hombres de negocio extranjeros, de primera, segunda o tercera generación, siguieron ocupando un lugar destacado en el México posrevolucionario. Su suerte y particulares prácticas empresariales definieron muchos de los parámetros tradicionales que caracterizaron a la industria y el comercio mexicano hasta bien avanzado el siglo XX. Apellidos de muchos antiguos inmigrantes aún figuran entre los miembros de las cámaras empresariales y comerciales del país, y más recientemente parecen retomar la directriz de la vida política nacional como lo hicieron sus abuelos hace poco más de un siglo.

²⁷ Delia Salazar (coord.), *op. cit.*

²⁸ Sobre las alianzas entre la elite económica y la familia revolucionaria véase Jean Meyer, Enrique Krauze y Cayetano Reyes, *Estado y sociedad con Calles, Historia de la Revolución Mexicana, 1924-1928*, vol. 11, México, El Colegio de México, 1996, pp. 296-303.

²⁹ Carmen Collado, *op. cit.*, pp. 123-125.